

Roma y Cartago se disputan el Mundo

Del orden cerrado de la falange al orden elástico de la Legión.

Muerto Alejandro, sus Generales se repartieron el Imperio tomando cada uno cuanto le permitió su espada. De esta suerte, la hegemonía del mundo antiguo pasó a disputarse medio siglo después por parte de dos ciudades que en vida del gran conquistador Macedonio, le habían rendido vasallaje; Roma y Cartago.

Para la época, Roma ya había logrado conquistar y sojuzgar buena parte de Italia, pese a las costosas derrotas que sufrió a manos de Pirro, Rey del Epiro, quien por su parte quedó tan resentido de sus victorias como los romanos de sus derrotas, viéndose obligado a abandonar la Península; por eso las victorias pírricas han pasado a la posteridad como signo de inutilidad en una campaña.

También los romanos habían evolucionado de la formación griega de la Falange, a la Legión, que empezó a conformarse desde las guerras contra los Semitas, la cual, estaba fundamentada en principios de elasticidad, a fin de que el soldado romano pudiera desplegar mayor iniciativa personal.

La primera evolución de la Falange a la legión, consistió en fraccionar la compacta formación en pequeños grupos llamados manípulos, que combatían desplegados a manera de un tablero de ajedrez que se separaban más o unían conforme a las circunstancias del combate. La Legión, al menos hasta las guerras púnicas, era una formación básica de Infantería, que para las batallas se dividía en tres líneas formadas a su vez por varias hileras de soldados. Cada una de éstas líneas se dividía en diez manípulos integrados por diez hombres de frente por doce de

profundidad para un total de 120 soldados o sea el equivalente a una compañía moderna. Los manípulos de la segunda fila se colocaban frente a los espacios vacíos dejados por los manípulos de la primera y los de la tercera, frente a los espacios dejados por los manípulos de la segunda; así, los treinta manípulos de la legión se encontraban dispuestos como un tablero de ajedrez. Un manípulo de la primera fila, otro de la segunda y el que le cubría en la tercera fila constituían una cohorte romana o sea un batallón de 420 hombres. Al pie de cada manípulo de la tercera fila se agregaba generalmente otro constante de sesenta reclutas.

Los soldados integrantes de la primera fila eran veteranos entre los 25 y 30 años y se denominaban "hastati" o "hastarios"; la segunda fila estaba compuesta por hombres más veteranos entre los 30 y 40 años y se denominaban a Príncipes y la tercera fila por los veteranos mayores de 40 años próximos al licenciamiento que se denominaban "triarios" a cuyo lado se encontraban los "velites", reclutas lanzadores de armas arrojadizas. Con el tiempo se agregaron a la legión cuerpos de "équites" o de Caballería.

El legionario latino era de baja estatura, moreno, robusto y de anchas espaldas, cualidades propias del labrador peninsular, que le permitieron notable resistencia en las fatigas del duro y prolongado servicio militar. Sus armas y arreos de guerra consistían en una espada corta, una jabalina de dos metros llamada "pillum", una especie de coraza tradicional denominada lorica y el casco de acero o galea. Además de sus armas, cada soldado llevaba durante las marchas utensilios diversos como el hacha, la pala, el azadón y víveres para varias semanas.

Durante las marchas se guardaba la más estricta disciplina; una vez se llegaba al lugar de campamento, antes de pasar al descanso, los hombres debían fortificar el lugar, arreglar o construir caminos y luego cumplir un estricto comportamiento en el campamento. De esta manera, los legionarios eran excelentes jornaleros, infatigables caminadores y abnegados soldados que manejaban también la pala y el azadón como la pica y la espada.

En el campo de la moral y espíritu militar, el soldado romano confiaba plenamente en sus jefes y estaba siempre dispuesto a toda clase de sacrificios por la grandeza romana; no

se desanimaba en la adversidad y su espíritu nacional fue siempre motivo de admiración por parte de sus enemigos, estaba sujeto por el vínculo del juramento que prestaba solemnemente en presencia del Cónsul, Oficiales, Tribunos y Centuriones: "Obedecer a sus jefes, seguirles a donde fuera y permanecer bajo banderas".

De esta manera la fortaleza del Ejército romano, se sustentaba más que en las armas y en la táctica, en la disciplina y el honor nacional. Las faltas a veces se castigaban hasta con la última pena y fueron varias las veces en que se realizaron diezmadadas en las legiones que no supieron cumplir con su deber. Mediante éste castigo de cada diez hombres se escogía uno a la suerte para que sufriera la pena capital. A pesar de todo, los romanos consideraban el servicio militar como un deber sagrado e ineludible de todo ciudadano y era un deshonor no acudir a filas, por eso estaban exonerados libertos y esclavos. Dice un escritor militar del siglo XIX: "Con el fin de vencer a sus enemigos que aterrorizaban a sus hombres, un general romano elevaba la moral de su cuerpo antes que por el entusiasmo por la ira. Tornaba en miserable la vida de sus soldados por el trabajo excesivo y las privaciones, y forzaba al par tanto la disciplina que, en el instante crítico tenía que estallar o volcarse sobre el enemigo".

Por ésta razón el soldado romano era insensible a la piedad y anteponiendo su sentir de ciudadano al de legionario, se lanzaba al combate motivado por una mezcla de sentimientos de crueldad, valor y patriotismo, ante los cuales, no había enemigo que le resistiera.

La táctica general de la Legión era la siguiente: Al comenzar el ataque, los velites colocados en la primera fila arrojaban sobre el frente adversario nubes de dardos y piedras y enseguida se retiraban a la tercera fila de la Legión o sea a la de los triarios. La primera línea en tomar contacto con el enemigo, era, pues, la de los hastarios que empezaban la acometida primero con el "Pillum" y luego con la espada. Si el enemigo era superior en número o demasiado impetuoso, los hastarios se retiraban a los espacios vacíos dejados por los manípulos de Príncipes con quienes constituían una formación más densa y contra la cual el enemigo rara vez lograba triunfar, pues esta era la acometida más ruda y violenta. Pero en el remoto

caso de que hastarios y príncipes fueran rechazados, acudía la línea de triarios como especie de reserva final. El empleo de los triarios señalaba así el momento crítico para el ejército romano: "Resad Triarios venit", ha llegado el turno de los triarios, significaba el último y supremo esfuerzo. Pero, normalmente, el enemigo no resistía ésta tercera y última acometida realizada con mayor número de hombres y con tropas de curtidos veteranos que parecían brotar de la tierra.

El más grande genio táctico contra Roma.

Este tipo de formación guerrera, aún cuando no perfeccionada, fue contra la cual tuvo que enfrentarse el ejército cartaginés, cuyo poder de combate se sustentó más que en el valor de la Infantería española, la tenacidad de la Caballería numida, y la genialidad de su caudillo, quien supo explotar las debilidades tácticas de su adversario y obtener espectaculares victorias en batallas de aniquilamiento, a pesar de que Cartago con su espíritu mercantilista y lenitivo no apoyó suficientemente su esfuerzo por alcanzar la hegemonía mediterránea.

La guerra entre Roma y Cartago comenzó el año 264 antes de Cristo por la posesión de la ciudad de Mecina en Sicilia. La ventaja inicial estuvo del lado cartaginés gracias a su poderosa flota. Pero Roma, con energías extraordinarias y pese a su pobre experiencia naval, logró equiparar a su rival y luego de varias batallas de diversos resultados, obligó a Cartago a pedir la paz tras la pérdida de Sicilia, donde luchó heroicamente Amilcar Barca.

La más importante guerra púnica, fue empero la segunda, que se gestó en España, donde Han Baal o Aníbal, de la familia de los Barca o Baruk, que quiere decir "relámpago", había sido educado por su padre, Alminar como un soldado firmemente dispuesto a luchar contra Roma, al frente de un ejército poderoso, remontó los Alpes, empresa considerada como imposible en la época, para pelear en la propia Italia y paralelamente señalarse en la historia como uno de los genios militares más expresivos de todos los tiempos. Aníbal de Cartago.

El famoso historiador romano, Tito Livio, nos ilustra en algunos rasgos personales de Aníbal: Era muy audaz en el ataque y muy prudente en el peligro, no había trabajo que le fati-

gara el cuerpo o el alma; sabía soportar igualmente el frío y el calor, era temperante y daba al cuerpo solamente el tiempo de descanso que le dejaba libre sus asuntos; ayudaba a sus soldados en las marchas y los animaba con su ejemplo, convirtiéndose en ídolo de su ejército... Viósele muchas veces envuelto en un manto de soldado, acostado en tierra en los puestos más avanzados. Su vestimenta apenas le distinguía de sus compañeros, y sólo sus armas y caballos lo diferenciaban de aquellos. Era el primero en marchar al combate y el último en retirarse; éste soldado infatigable, estaba al mismo tiempo dotado de maravillosa inteligencia. Obtuvo el éxito porque antes de ejecutar sabía prever y preparar”.

El Ejército de Aníbal estaba básicamente integrado por ágiles y valerosos españoles que constituían el núcleo de la Infantería pesada; por salvajes jinetes nómadas que cabalgaban sin freno y manejaban la bestia con las piernas; por hábiles honderos de las islas baleares; por bárbaros gigantes galos y, por africanos que lanzaban certeramente la jabalina y combatían desde las torretas de mimbre construidas sobre los lomos de elefantes, que se constituyeron en poderosa arma psicológica causando pavor en enemigos que no fueran los disciplinados legionarios romanos. La rapidez y agilidad, eran las principales características de la organización militar cartaginesa, integrada por hombres de dos continentes que hablaban diversas lenguas, tenían diferentes costumbres y consecuentemente difíciles de manejar por un hombre que no fuera un verdadero ídolo; de ahí que la real fortaleza de este Ejército radicaba en la identificación espiritual de las tropas con su célebre caudillo.

Tácticamente, el Ejército de Aníbal, estaba dispuesto en formación de Falange, aún cuando poco a poco fue adaptando el modelo de la legión de sus enemigos.

Después de haber sometido a la heroica ciudad de Sagunto, presunta aliada de Roma, Aníbal inició la travesía por las galias sin mayores dificultades; pero el paso de los Alpes que lo verificó por San Bernardo, fue en extremo penoso a causa del frío y la nieve; allí tuvo que salvar tremendos ventisqueros que arrastraban a sus hombres hacia los abismos o los dejaban yertos entre el gélido paisaje, tuvo que bordear profundidades insondables, abrir caminos a sus elefantes, nivelar pasos para los convoyes y en general sufrir hambre y toda suerte de pena-

lidades. La travesía duró quince días y en ella perdió el Ejército cartaginés más de la mitad de los efectivos que habían salido de España. De 60.000 hombres, apenas 46.000 llegaron al Ródano y de éstos sólo 20.000 Infantes, 6.000 jinetes y unos pocos elefantes pudieron llegar a las fértiles tierras piamontesas.

Por su parte Roma, a pesar de estar preparada militarmente para enfrentarse a cualquier Ejército invasor del que tuviera noticias con antelación, no lo estaba para contener al de Aníbal, que apareció repentinamente de entre las brumas densas de los Alpes. Por eso, una primera legión al mando del Cónsul Publio Cornelio Escipión fue derrotada a orillas del río Tisino.

Días más tarde de este primer encuentro, reforzado Aníbal con reclutas galos, provocó algunos éxitos parciales a la caballería romana, con el fin de atraer a todo el ejército mandado por el Cónsul Septronio, hacia el río Trebia, con el deliberado propósito de aniquilarlo y dar así desde un comienzo golpe físico y moral de magnitud que humillase el orgullo de su odiado enemigo.

Septronio cayó efectivamente en la trampa, cuando después de incorporar a los derrotados de Tisino, marchó en busca de Aníbal con sus 40.000 hombres, Pasó el río Trebia y aún tuvo tiempo de formar sus tres líneas de combate sobre la orilla opuesta; pero Aníbal, había ocultado 10.000 jinetes sobre unas barrancas situados al flanco izquierdo romano. La acción se inició con un ataque de la Infantería ligera africana contra los velites y la línea de hastarios, la cual alcanzó a desorganizarla; y cuando Aníbal intuyó el momento decisivo, cargó sorpresivamente con la Caballería por los flancos y la Infantería pesada por el frente, empujando intrépidamente al Ejército romano contra las heladas aguas del Trebia, el cual, apenas pudo ser repasado por unos 10.000 legionarios que pudieron escapar de la matanza.

Alarmada, y sin haber logrado reponerse del desastre de Trebia, Roma sufrió meses después el aniquilamiento total de otro Ejército en la emboscada más grande que registre la historia militar.

En efecto, Aníbal, sin utilizar los caminos construidos por los romanos, atravesó los Apeninos por el Norte y cruzando la Toscana, más arriba de Florencia, llegó al valle superior del Arno, sorprendiendo al Cónsul Flaminio que le buscaba en Arezzo y de paso se colocó entre el Ejército romano y la ciudad de Roma. Esta travesía por una región, entonces pantanosa y malsana, es otra de las maniobras magistrales del cartaginés, aún cuando en ella por efectos de las inclemencias, perdió uno de sus ojos. Al enterarse el Cónsul Flaminio de la amenazante situación de su rival, decidió perseguirle, pero ya Aníbal le esperaba en un estrecho pasadizo de la vía flaminia a orillas del lago Trasimeno, donde, logró la increíble hazaña de ocultar a todo su Ejército en los bosques y alturas que dominan el camino, dejando sólo una pequeña fracción para atraer al Ejército romano a la emboscada.

Con el alba de la mañana siguiente y cubiertos por la espesa bruma que emanaba del lago, marchaban en columna las tres legiones romanas, 30.000 hombres, cuando, intempestivamente, comenzaron a salir de los bosques nubes de flechas que alcanzaron a diezmar las filas de Flaminio; pero la sorpresa mayor fue cuando acto seguido aparecieron de entre la niebla los iberos galos y africanos para dar comienzo a una carnicería salvaje, pues a duras penas 6.000 romanos lograron escapar de aquella audaz y increíble emboscada.

Tamaño victoria fue complementada seguida con el aniquilamiento de otros 4.000 romanos que al mando del Cónsul Servilio habían sido enviados en auxilio de Flaminio.

Cannas sin par Batalla de aniquilamiento.

Con semejantes lecciones militares, Roma no tuvo otra alternativa que cambiar radicalmente su estrategia. Fue nombrado el prudente Cónsul Quinto Fabio Máximo para contener a Aníbal, adoptando la vieja modalidad de mantener vigilancia sobre el invasor sin dejarse atraer por su astucia al combate decisivo, antes por el contrario, apelando a tácticas dilatorias, eludió cuanto pudo la acción, encaramando sus legiones en cerros y colinas donde nada pudiera hacer la temida Caballería nómada.

Sin embargo, al año siguiente el senado romano presionado por la opinión pública, se vio obligado a organizar un Ejército

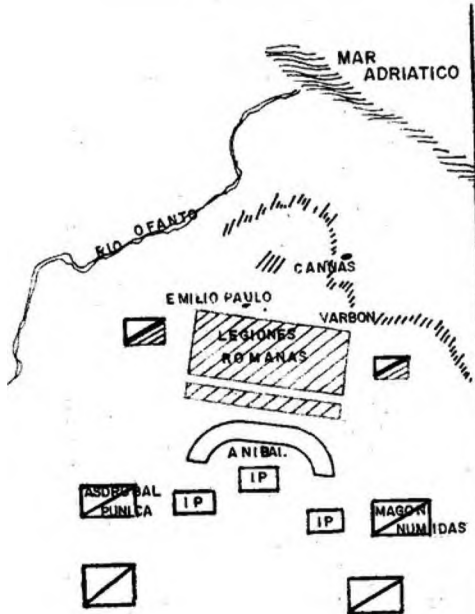
de 85.000 hombres que puso alternamente bajo el mando de los Cónsules Emilio Paulo y Terencio Varrón, quienes fiados de su enorme superioridad numérica, decidieron marchar contra su astuto adversario; especialmente el fogoso Varrón, al parecer hijo de un carnicero, imprudente y atrevido, quizá por su escasa experiencia en la guerra.

Aníbal, con el propósito de conseguir aliados, instruir a sus reclutas galos, abastecerse y esperar al Ejército adversario, tomó la población de Cannas. Allí, concibió un plan tendiente a aprovecharse de la superioridad numérica de los romanos; no en balde había estudiado detenidamente a Milciades, a Alejandro y a Pirro. Esta concepción táctica, como lo afirma Lynn Montross, “sólamente era digna de un genio o de un loco”; consistía en disponer sus tropas con la Infantería ligera africana bien adelantada en el centro, detrás de ella, debidamente escalonada la Infantería pesada y sobre los flancos, su poderosa Caballería mandada por sus hermanos Asdrúbal la izquierda y Magón la derecha. De ésta manera el dispositivo cartaginés semejaba una media luna apoyada por estrellas en sus extremos; y su propósito no era otro que el de provocar desde un comienzo el entusiasmo romano en el centro y, mediante la acción dilatoria, llevarlo desordenadamente a la profundidad cartaginesa, de tal manera que, cuando el sentido cóncavo de la media luna se hubiera tornado convexo, poder atacar por los flancos y la retaguardia con la Caballería y lograr el cerco completo del enemigo. Desde luego, el riesgo era ostensible por la posibilidad de la ruptura del centro cartaginés y para evitarlo se requería una sincronización perfecta de todos los esfuerzos; por ello resolvió Aníbal tomar el mando en este lugar. Además, explotó una situación puramente natural, colocando sus tropas de cara al Norte para que no recibieran el sol de frente ni los vientos cargados de polvo que llegaban de la llanura y que en cambio habrían de molestar a los romanos. (ver gráfico)

Varrón colaboró con Aníbal en hacer la trampa mortal y menos peligrosa, cuando contrariando la clásica disposición legionaria, quiso darle mayor profundidad a su Ejército colocando sus manípulos en seis hileras y veinte filas, en vez del tradicional 10 de frente por 12 de profundidad, con lo cual, los romanos llevados por el entusiasmo de ver retroceder a los africanos, se lanzaron desordenadamente en lo que parecía desde

BATALLA DE CANNAS 216 a. c.

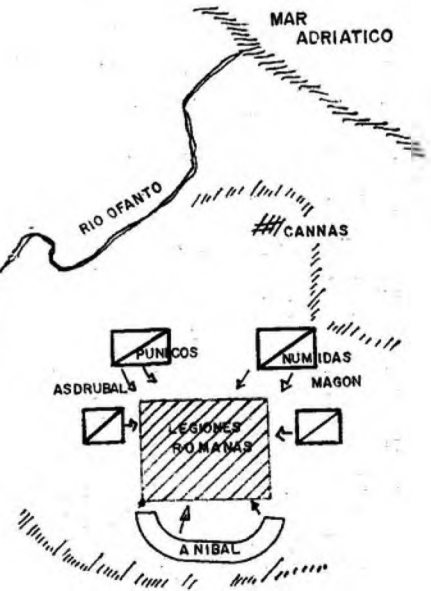
DISPOSITIVO INICIAL



II FASE



FASE FINAL



un comienzo una persecución; pero, tal como estaba previsto, en la medida en que los cartagineses retrocedían, no perdían la compactación por las sucesivas agregaciones de Infantería pesada, hasta cuando llegó el límite de la retirada del centro, Aníbal lanzó su Caballería sobre la retaguardia y flancos romanos, cercando totalmente al enemigo. Los legionarios, sin espacio siquiera para pelear o hacer uso de sus armas, fueron aniquilados inmisericordemente, junto a sus jefes; 70.000 romanos incluyendo al Cónsul Paulo Emilio, dos procónsules, dos cuestores, dos tribunos y ochenta Senadores; apenas unos 15.000 dispersos lograron escapar de aquel anillo sangriento y llevar la infausta noticia a Roma, ciudad en verdad eterna, que de no haber acumulado tan enormes reservas morales hubiera sucumbido o al menos tenido que aceptar una paz humillante de vasallaje. Pero como lo afirma Polibio, "los romanos nunca son tan peligrosos como cuando han sido vencidos y parecen reducidos a la desesperación".

Cannas, ha pasado a la historia como el modelo de batalla de cerco y aniquilamiento y es quizá la única donde la fuerza envolvente victoriosa era significativamente superada en número por la cercada. Sin embargo y tal como ocurrió después de Trebia y Trasimeno, Aníbal no marchó sobre Roma, quizá porque intuía su fuerza moral o se sentía incapaz de someterla con un Ejército no muy apto para la guerra de sitio; o tal vez, porque el genio táctico más brillante de la humanidad, no alcanzaba a dominar completamente los horizontes de la gran estrategia, tal como se lo reprochó su subalterno Marhabal, Jefe de la Caballería púnica, cuando le increpó respetuosamente: "Aníbal, tu sabes vencer pero no sabes usar la victoria".

Además, las espectaculares victorias de Aníbal, facilitadas por el sentido espiritual del pensamiento militar romano que sólo veía en el clásico batallar frente a frente la digna manera de combatir por su patria, despreciando el ardid, la astucia, la movilidad y la sorpresa en lo cual el cartaginés era el más consumado maestro. Pero en la medida en que fue pasando el tiempo de Aníbal en Italia, los Generales romanos fueron aprendiendo con paciencia y firmeza sus lecciones, hasta el punto de que dos de ellos lograron vencerle. Claudio o Nerón, quien en una típica maniobra anibalesca de líneas interiores, derrotó a su

hermano Asdrúbal en la batalla del Metauro (207 A.C.), impidiendo su unión con Aníbal. Y Publio Cornelio Escipión, hijo del derrotado de Tisino, quien imponiendo su genialidad estratégica al Senado llevó la guerra a España para derrotar a Asdrúbal Gisco y a Magón en la batalla de Ilipa y luego al Africa, para dar el golpe decisivo a Aníbal y a Cartago en la batalla de Zama (202 A.C.), donde en la capitulación de la ciudad se cedió a la España romanizada la flota cartaginesa y se convino en entregar a Aníbal a sus enemigos. Este, huyó al Asia donde a la edad de 70 años tuvo que envenenarse para evitar caer en manos de los implacables y victoriosos enemigos.